



Madrid 24 de Noviembre de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—La Caridad, por doña Rogelia Leon.—Los Recuerdos [poesía], por don Rafael Blasco.—Historia: España goda, por don José S. Biedma.—Los Ferro-carriles [conclusion], por don José M. de Larrea.—El Protector desconocido, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—Los Tres Consejos [continuacion], cuento popular, por don Antonio de Trueba.—Por falta de un clavo, por B.

GRABADOS. Agila.—Leovigildo.—Paso de un convoy sobre un puente.

LA CARIDAD.

Al buen patrio D. Carlos Calderon.

CUAL es el sér mas perfecto de la tierra? ¿Cuál es el que obtiene la consideracion de los hombres y la justicia de Dios? ¿Quién es el que puede gozar alegría en la conciencia y dulce satisfaccion en el alma? ¿Quién es el que duerme tranquilo y despierta sonriendo? ¿El que no empaña su vida con las nubes del descontento y el hastío? ¿El que

Tomo II.

puede decir con entera confianza:—«Hé gozado de la vida y espero tranquilo la muerte?»

Solo los séres que aman á sus hermanos y sacrifican sus bienes, y hasta si es necesario su reposo en su bien y felicidad.

¿Qué cuadro mas lisonjero puede ofrecerse á el alma, que la vista de una criatura desgraciada, á quien un sér cariñoso, compasivo, saca de su abandono y su miseria?

No basta depositar la limosna en la mano del pordiosero para hacerle feliz.

No basta buscarle medios para sustentar el cuerpo, é ir arrastrando la vida como la oruga en el árbol.

Si no sustentais el alma á la vez que la materia, vuestra limosna será estéril, aunque

Núm. 44.

siempre aceptable y querida á los ojos de Dios.

Todo el hombre á quien el Sér Supremo favorece en la tierra enviándole á manos llenas los bienes y la fortuna, debe conquistar un asiento en el cielo, haciendo partícipes á sus semejantes de su felicidad y su suerte.

Y sin embargo, cuántos y cuántos olvidan este religioso y humanitario principio, y gastan el depósito que Dios les ha confiado en comprar lujo y placeres, para conquistar una existencia de tédio y una muerte sin esperanza ni consuelo.

Porque los goces excesivos agotan el deseo y apuran la vida, aun mas que la miseria y las privaciones.

Una muerte moral es peor mil veces que una vida llena de lágrimas; porque el dolor tiene sus momentos de tregua y oraciones, y al fin llega á curarse con la fé; pero la indiferencia ó el hastío desmoralizan el corazón haciéndole insensible como las rocas para sus semejantes, y lacerado y sombrío para sí mismo.

Cuando veais un sér indiferente al dolor como al placer, compadecedle mucho. Es horrible su estado, y su porvenir negro como las noches de tormenta.

¡Cuánto ganan las almas que saben comprar con su virtud y sus riquezas los goces santos que la caridad ofrece!

¡Cuántas bendiciones le tributan la Providencia y los hombres!

¿Quién no bendicirá en Granada los nombres del señor Calderon y su bella esposa doña Josefa Vasco, al considerar los beneficios que reparten, y las honradas familias que consuelan y amparan con su caridad sin límites?

¿Quién no habrá vertido una lágrima de satisfaccion y reconocimiento, al visitar el asilo del infortunio, que sostienen con tanto interés como amor, y la multitud de niños y niñas pobres que allí se albergan?

Hemos tenido la satisfaccion de visitar el colegio que costean estos señores, donde no únicamente se educa la infancia desvalida, sino que se la alimenta y viste con el mayor cuidado y esmero.

Mas de trescientas niñas y niños necesita-

dos elevan en aquella casa de la caridad sus preces al Señor por los piadosos protectores que los han sacado de la escasez ó la miseria, y quizá del vicio ó la corrupcion.

Nos admiramos y enternecemos sobremasera el día que visitamos este caritativo establecimiento, al ver sus estensos patios llenos de séres inocentes que reían y jugaban. Era domingo, y la infancia disfrutaba las horas concedidas al recreo.

¡Cuántas y qué distintas fisonomías, edades y condiciones!

Las de ojos vivos, las de miradas lánguidas, las favorecidas por la naturaleza, las que habian recibido poco de ella, las de mas expresion que belleza, las de mas belleza que dulzura, todas hablaban y reían con fraternidad, todas se estrechaban amigablemente.

Divididas en grupos se entretenian formando ruedas, jugando á esquinas, ó formándose en ala mientras pasaban las personas ávidas de verlo todo y recorrer aquellas estensas clases, donde no se sabe qué admirar mas, si la uniformidad ó la limpieza.

Allí no se vé un ligero descuido: todo por orden, todo nivelado, todo respira comodidad y esmero.

Lo que mas llamó nuestra atencion fué una hermosa clase, que la dan el nombre de *asilo*, y es la mas elegante, de mejor gusto y mas costo que encierra el establecimiento. Allí se enseña dibujo lineal, historia, gramática, geografía, y toda clase de conocimientos útiles, premiando cada día la aplicacion del niño ó la niña mas adelantados, á quien nombran *general* ó *general*, presidiendo sentados en dos iguales banquetas las demás lecciones de sus *compañeros*.

Tambien se castiga la desaplicacion; pero no con el castigo material que se empleaba en otra época, dando muy mala idea de la cultura de los pueblos. Allí se hace llevar en la mano al niño desaplicado una banderola de color, que indica su atraso ó la insuficiencia de sus alcances. Este padron bochornoso hace que los niños se estimulen; porque la idea de un golpe asusta mas que abochorna, y nada se consigue;

pero la idea de la vergüenza que produco el ser mirado con desden ó desprecio, hace mas milagros que todos los azotes y castigos imaginables.

Nos agradó mucho el método que emplean para enseñar á los párvulos el alfabeto, y el modo de formar nombres, pues dulcemente entretenidos cantando y jugando, llegan á saber leer, sin haber sentido la rigidez y la dureza de las lecciones.

No pudimos menos de fijarnos en una niña preciosa que nos iba acompañando, y al enseñarnos las láminas de Historia natural, cuya explicacion está en francés, las decia sin titubear en correcto castellano, dando una explicacion de cada una de ellas, que nos sorprendió en extremo.

Repetíamos y buscábamos preguntas que hacerla para ver la altura á que se encontraba, y á todo respondia sin titubear con un despejo y finura, que nos hizo besar su frente con entusiasmo, bendiciendo la mano protectora que hace de niños pobres, oscurecidos é ignorantes, criaturas llenas de perfeccion, que darán honores y virtudes á su patria.

Cuando pasamos á la sala de las labores, tuvimos mucho que admirar, y sobre todo llamó nuestra atencion, mas que las lindas labores y bordados, el ver allí á la simpática señora de Calderon, arreglando con llaneza y naturalidad por sí misma los preciosos objetos que en forma de esposicion se hallaban á la vista del público.

La satisfaccion brillaba en sus ojos, y toda su fisonomía espresaba el contento de su espíritu al ver cumplidos sus mas caros deseos, y observar que las tiernas niñas correspondian á tan inmensos beneficios con sus adelantos y aplicacion.

Muchos primores habia que quisiéramos enumerar uno á uno, en costura, tapicería, crochet, realce, flores, adornos y cuanto puede formar la educacion de la mas distinguida señorita.

Todo se hallaba allí reunido, formando un precioso bazar, que presidia la benéfica señora que Granada bendice, y las finísimas hermanas

de la Caridad, que amables y modestas respondian á las preguntas que las dirigíamos, con un tacto esquisito y una delicadeza estremada.

Seis hermanas de San Vicente de Paul, jóvenes francesas é instruidas, dirigen este notable colegio, modelo de perfeccion y de cultura.

¡Cuántas bendiciones recibirán del cielo por la pureza de los corazones que forman para Dios, cuando dejándolos en la ignorancia y el abandono, servirían tal vez para daño de sí propios y de la sociedad!

Con muchos séres como los señores Calderon que se propusieran sacrificar parte de sus intereses en honra y beneficio de los pobres, dándoles cultura y religion á la vez, concluiría, á no dudarlo, esa terrible prevencion, ese anatema que lanza el pueblo á las altas clases, juzgándoles indiferentes y crueles con sus necesidades ó padecimientos.

El pobre no aborrece al rico por sus riquezas, es un error tan absurda creencia. El pobre católico ama y espera consuelo del rico con humildad y paciencia; pero si éste le desdeña ó le desprecia con un insolente orgullo, el desgraciado le huye, no por aborrecimiento, sino porque nada espera. El que no sabe contestar con una frase cariñosa, mal podrá partir su tesoro con el necesitado.

Los diamantes y terciopelos no insultan los harapos del mendigo cuando aquellos á quienes sonrió tan distintamente la fortuna, se hermanan por medio de la caridad.

Cuando al dar una limosna el opulento toca la mano del pordiosero, los dos son ricos á la vez, uno de caridad y otro de consuelos... Dos corazones que latén, dos almas que Dios bendice, dos hermanos que se han comprendido.

...
¿Qué pobre no amará en Granada los nombres de Calderon, Toledo, Ronconi y otros varios que se distinguen por su amor á los desgraciados y su caridad sin límites?

¿Qué vale el oro si no se sabe comprar con él la bendicion del cielo?

¿Cuándo olvidará Granada sus bienhechores?

¿Cuántos padres de familia, sentados al hogar, no rezarán un fervoroso rosario, mientras se ocupan en sus honradas faenas, por la salud y los bienes de los señores de Calderon, á quien entregaron hijos ignorantes, hambrientos y desarropados, y les devuelven niños vestidos, educados, robustos y llenos de sabia moral, para que atiendan mas tarde á los buenos ancianos que les dieron el sér?...

Instruir el pueblo es hacer la felicidad de las naciones, cuando no se le instruye con una equivocada doctrina, con una falsa creencia.

Un pueblo con moral y religion, quiere elevarse y se eleva.

El hombre honrado se hace libre é independiente trabajando, estudiando y conquistando una posicion; porque sin trabajo, honradez y sabiduría, mal pudiera sostener y conservar los bienes que se le confiasen.

La instruccion, la fé y la moral, elevan al hombre y santifican sus hogares.

No hay paz doméstica ni social sin educacion y cultura.

Dios conserve y bendiga á los bienhechores de Granada, y haga su ejemplo que en todas las provincias tiendan los ricos la mano á los pobres para educarlos y socorrerlos, y de ese modo concluirá la vagancia y el vicio.

ROGELIA LEON.

LOS RECUERDOS.

I.

Siendo yo niño leía
Con muy estraña avidez,
Y en un libro hallé una vez
Un trozo que así decia:
«Hay notable concordancia,
Hay relacion singular
Entre ver y recordar,
Entre el tiempo y la distancia.

Suelta la nave su vela,
Las aguas su quilla azota,
Y como blanca gaviota
Sobre las espumas vuela.

Ya su casco va ocultando,
Ya de él solo se divisa
Una línea que indecisa
Se va borrando, borrando.

Ya leve bruma aparece
Que va el sol á disipar,
Ya es un punto sobre el mar
Que el soplo del viento mece.

Nada, nada queda al fin;
Solo restan confundidos
El mar y el cielo perdidos
Allá en lejano confin.

Y siente un dolor el alma
Y á su ruda vibracion,
¿Cuándo, esclama el corazon,
Podré recobrar la calma?

Y pasan dias y dias,
Y van las penas muriendo
Y á su compás renaciendo
Las perdidas alegrías.

Y el dolor al pecho herido
Con menos empeño aqueja;
Es la nave que se aleja
Por los mares del olvido.

Y llega luego un momento
En que es punto que se mece,
Y por fin desaparece
Como la nave del cuento.

Particular concordancia
Observamos, de tal modo
Que el tiempo lo borra todo
Y lo oculta la distancia.»

II.

Exacta entonces creí
Del libro la relacion,
Y su dulce afirmacion
Sin vacilar admití.

Y los recuerdos juzgaba
Que poco á poco morian,
Nubecillas que nacian
Y que el viento disipaba.

Mas tarde llegué á alcanzar
Lo falso de mi creer,
Cuando pude comprender
La inmensidad del pesar.

Que hay penas cuya afliccion
Es tan profunda y tan grave,
Que el pobre tiempo no sabe
Borrarlas del corazon.

RAFAEL BLASCO.

HISTORIA.

ESPAÑA GODA.

III.

Poco célebres son los reinados que siguieron al de Teudis, si se exceptúa el de Leovigildo, notable mas que por los grandes hechos que en él acontecieron, por la muerte de San Hermenegildo, mártir de la religion cristiana.

Teudiselo, general de las tropas de los visigodos, fué el sucesor de Teudis; príncipe valeroso pero afeminado, se manchó con los vicios mas torpes, y descontentos los señores de su corte, conspiraron contra su vida, hasta quitársela en un banquete que dió en Sevilla el año 550.

No fué mas afortunado Agila, que apenas gobernó cuatro años, teniendo que luchar con grandes contrariedades. Acusásele de haber vivido en ociosidad, pero demasiado le dieron qué hacer en tan corto periodo los grandes de su corte, que acostumbrados de antiguo á la rebelion, tomaron las armas en contra suya, siguiendo su partido la ciudad de Córdoba, acaso seducida, tal vez deseosa de distinguirse en tiempos tan revueltos. Vinieron á las manos y

fué vencido el Monarca, pero no tan completamente que Atanagildo, nombrado por sus enemigos para sucederle, no tuviera que recurrir á Justiniano, emperador de Oriente, pidiéndole socorro para concluir de destronar á su rival. Entonces asentaron su planta en España los griegos, donde continuaron por cerca de un siglo, siendo un elemento mas de desorden en el caos en que á la sazón se hallaba envuelto el pais. Pero Atanagildo consiguió sus deseos. Agila fué derrotado y muerto en 554, se supone que en su misma corte de Mérida, pero positivamente por traicion de los de su partido, que convinieron en reconocer por rey al jefe del contrario.

Mas feliz que la mayor parte de sus antecesores, Atanagildo vivió amado y respetado de sus vasallos en un reinado de cerca de trece años. Durante él no tuvo que combatir mas enemigos que los que él mismo habia introducido en España, los griegos ó romanos, como ellos se llamaban, que aspirando á una conquista para la que no tenían cualidades ni fuerzas, fueron batidos una y otra vez por el mismo que colocaron en el trono, hasta que se convencieron de que se debían contentar con el escaso territorio que en premio de su socor-



Agila.

ro se les habia concedido. Los suevos no dejaban de dar celos á los visigodos, pero convertidos al cristianismo por San Martín, abad de Dumio desde el reinado anterior, vivían en paz con sus vecinos, cuya conversion tampoco estaba muy lejana. Atanagildo murió en 567 en Toledo, donde habia asentado definitivamente la corte de los godos. Sus hijas, Galsvinda y

Brunechilda casaron con los reyes francos Sigisberto y Chilperico, diciéndose de la primera que fué conducida desde Toledo á Ruan, donde se celebraron las bodas, en una magnífica carroza de plata, prueba inequívoca de la riqueza y lujo que habia entonces en nuestro pais.

Muerto Atanagildo vacilaron mucho los godos antes de nombrarle sucesor, pero determinaron su eleccion los pueblos de la Septimania, proclamando por rey á su gobernador Liuva. Reconociéronle los Grandes visigodos, y desde aquel momento quedó definitivamente en el trono, pero deseando evitar la veleidad de sus vasallos, se asoció á su hermano Leovigildo, al que cedió la España, retirándose él á Narbona, donde reinó por espacio de cinco años, hasta que fué sorprendido por la muerte en 572.

Leovigildo, su hermano y sucesor, era muy conocido y apreciado por sus grandes cualidades cuando se sentó solo y sin rival en el trono de los visigodos. Ya habia vencido á los griegos, que intentando ensanchar sus dominios, se apoderaron de algunas ciudades de Andalucía, de que los desposeyó. También tuvo que someter á los suevos de Galicia, que se habian sublevado, haciéndole cruda guerra por motivos religiosos, y peleó por último con los cántabros, pueblo independiente que no perdía ocasion de molestar á los conquistadores de su patria. Pero Leovigildo, monarca notable por sus buenas cualidades, ennegreció su memoria por un hecho á que debe toda su celebridad. De su primer matrimonio con Teodosia, her-

mana de los Santos Leandro, Isidoro y Fulgencio, tenia dos hijos llamados Hermenegildo y Recaredo, á los que asoció á su gobierno, cediendo al primero la ciudad de Sevilla, de donde tomó el título de Rey. Leovigildo, viudo ya, casó con Gorvinda, viuda también de Atanagildo, arriana acérrima, y madre de la reina Brunechilda. Hermenegildo contrajo en tanto matrimonio con Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austrasia, y ardiente católica, por

lo que hubo de sufrir las iras de su cruel madrastra, que se asegura la maltrató de palabra y de obra; su dulce carácter y buen ejemplo indujeron á Hermenegildo á cambiar de religion, en lo que influyeron también mucho los consejos de su tío San Leandro.

Sabido esto por Leovigildo, empleó diferentes medios para atraer á su hijo al arrianismo; pero el santo rey continuó firme en su



Leovigildo.

propósito, y entonces su padre recurrió á las armas. Ya se habia preparado Hermenegildo para este caso, haciendo alianza con los griegos y los suevos. Vendieronle empero los griegos por una crecida suma que les dió Leovigildo, y los suevos fueron derrotados, segun unos, en un desfiladero, donde los encerró el monarca visigodo, obligando á jurar á su rey Miro que no tomaria las armas contra él, ó en el cerco de Sevilla, al decir de otros, donde se habia encerrado Hermenegildo, y adonde fué su padre á sitiarse. Un año duró este famoso cerco, mas faltos de recursos los sitiados, salió de la ciudad su jóven rey, entregándose entonces á Leovigildo sus valientes defensores. Pero su fugitivo hijo encontró muy mala aco-

gida entre los griegos, comprados por el monarca arriano, no faltando quien asegura le entregaron allí mismo y que murió en Tarra-gona. Pero la tradicion mas admitida es muy diferente.

Hermenegildo, desengañado de los que creia amigos suyos, corrió á encerrarse en Córdoba, con cuya fidelidad contaba. En el camino se detuvo en un lugar fuerte, que fué incendiado por las tropas de su padre, teniendo el santo rey que refugiarse en la iglesia. Rindióse allí á instancias de su hermano Recaredo, y fué puesto en prision en una torre de Sevilla. Llegada la Pascua quiso Leovigildo que tomase la comunión de manos de un obispo arriano. Negóse Hermenegildo, pero tuvo que entregar su cabeza al hacha del verdugo.

Los remordimientos no impidieron al padre seguir persiguiendo á los obispos católicos, que desterró en su mayor parte, y cometer otros actos á cual mas crueles en contra de los que seguian esta religion. Se dice, sin embargo, que antes de su muerte levantó el destierro á San Leandro, y puso bajo su direccion á su hijo Recaredo, para que le instruyese en la religion católica, á que murió, aunque en secreto convertido.

Ingunda, la esposa de Hermenegildo, que se hallaba en poder de los griegos, desde antes del sitio de Sevilla fué enviada á Constantinopla, pero falleció en el camino, ignorán-nose la suerte de su hijo.

Leovigildo, con todos sus defectos, fué uno de los monarcas godos mas notables que reinaron en España. Introdujo las insignias reales de corona, cetro y manto, que hasta él no habia usado ninguno de sus antecesores; procuró asegurar la corona en su familia, asociando á sus hijos en el trono durante su vida, venció á los suevos y á los francos, y sembró las semillas que fructificaron en el reinado de su hijo y sucesor Recaredo.

JOSÉ S. BIEDMA.

LOS FERRO-CARRILES.

(Conclusion.)

—Pero todos estos cuidados costarán mucho dinero, dijo Luis, y se necesitará ser muy rico para ser dueño de un ferro-carril.

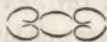
—Pocas fortunas particulares podrian acometer por si solas esta clase de empresas. Regularmente se forman compañías ó sociedades anónimas por acciones, cuyo importe es generalmente de 1900 ó de 2000 reales por cada accion; pero como son en gran número, se reúne entre todas un capital de muchos millones, con el cual se encarga la sociedad de la construccion del camino, concediéndola el Gobierno en cambio la explotacion del ferro-carril durante un espacio de tiempo, que por regla general es de 99 años, pasados los cuales el ferro-carril entrará en el dominio del Estado, que le explotará por cuenta de la nacion. Entretanto, así como son de cuenta de la empresa concesionaria todos los gastos de construccion y establecimiento, material fijo y circulante, empleados, etc., así tambien disfruta, en primer lugar, cierta cantidad concedida por el Gobierno, que se llama *subvencion*, y que varia segun el número de kilómetros y segun la mayor ó menor dificultad de construccion que ofrece el camino, y despues los productos de la explotacion.

—Y qué clase de productos son esos?

—Lo que pagan los viajeros por el precio de su asiento y por exceso de equipajes, perros, y ciertas mercancías que se conducen en los mismos trenes, y estos se llaman *productos de la gran velocidad*, y lo que pagan los dueños de las mercaderías que se conducen en trenes especiales, mas despacio relativamente, por lo que se llama á este servicio de *pequeña velocidad*. Estos ingresos en todas las líneas importantes son mayores que los de viajeros, y forman cerca de las dos terceras partes del producto total.

—¿Y las empresas pueden hacer pagar lo que quieran á los que se sirven del ferro-carril?

—No por cierto: hay unas tarifas que las



Córtes aprueban al discutir la ley de concesion, y que fijan la cantidad que se puede exigir á cada viajero por kilómetro recorrido, segun la clase del carruaje que ocupa, y lo mismo á las mercancías por kilómetro y unidad de peso,

—La línea de Alicante, por donde ahora vamos, produce mas de un millon de reales por semana: los productos son mayores en las líneas grandes y terminadas, que atraviesan países poblados y fértiles, y menores en las



Paso de un convoy sobre un puente.

que se llama tonelada. Las empresas no pueden señalar precios que escedan de los marcados en estas tarifas; pero sí disminuirlos, así en toda la estension del camino, como en ciertas secciones de él solamente: cuando se modifican las tarifas en este último sentido, se conocen con el nombre de *tarifas diferenciales*.

—Pues tambien ingresará mucho diariamente en un ferro-carril.

incompletas, de corta estension ó que no se acercan lo bastante á las grandes poblaciones.

Del total de los ingresos deben rebajarse los gastos de explotacion, que comprenden los de administracion, vigilancia, inspeccion, policía, entretenimiento ó conservacion de edificios, obras de arte y material, gastos en las estaciones para el registro de viajeros y mercancías, carga y descarga de los trenes, y gastos de combustible, etc., en cada viaje. El conjun-

to de estos gastos varía desde un 25 á un 94 por 100, segun los caminos. La diferencia entre los gastos y los ingresos, constituye los beneficios, de los cuales se toma primero la cantidad necesaria para pagar un interés, que generalmente es de 6 por 100 á las acciones y á las obligaciones, que forman otra clase de títulos representativos de los empréstitos contraidos por la compañía para la construccion del camino, y el resto se repartió entre los accionistas, bajo el nombre de dividendo.

—Pues te aseguro que quisiera ser accionista de algun camino de hierro.

—Mi papá lo es de varios de los que ya tenemos en España.

—Tenemos muchos?

—En primer lugar este por donde ahora vamos, de Madrid á Alicante, cuya longitud es de 455 kilómetros, con 52 estaciones, de las cuales las principales, despues de la de Madrid, son las de Aranjuez, Alcázar, Albacete, Almansa y Alicante; el de Castillejo á Toledo, de 26 kilómetros; el de Alcázar de San Juan á Ciudad-Real, de 115 kilómetros, pasando por Manzanares, Daimiel y Almagro; el de Madrid á Zaragoza, del cual solo se esplotan todavia 105 kilómetros hasta Jadraque, pasando por Alcalá y Guadalajara; todas estas líneas pertenecen á la misma compañía. Vienen despues el camino de hierro de Almansa á Valencia, de 154 kilómetros, pasando por Játiva; el de Zaragoza á Barcelona, de 585 kilómetros, pasando por Monzon, Lérida, Manresa y Moncada; el de Barcelona á Mataró y Tordera, de 66 kilómetros, y el de Barcelona á Granollers y Hostalrich, de la misma estension, debiendo ambos prolongarse unidos hasta Gerona; el de Barcelona á Martorell de 28, que debe prolongarse hasta Tarragona; el de Tarragona á Reus, de 15 kilómetros; el de Zaragoza á Pamplona, de 179 kilómetros, pasando por Tudela y Tafalla; el del Norte, del cual están abiertas las secciones de Madrid al Escorial, de 51 kilómetros; de Sanchidrian á Búrgos, de 236, y de Dueñas á Alar del Rey, de 97; el de Isabel II, de Alar del Rey á Santander, del cual se esplotan 107 kilómetros; el de Langreo á

Gijon, de 59 kilómetros, el de Córdoba á Sevilla, de 150 kilómetros, y el de Sevilla á Cádiz, de 157 kilómetros, pasando por Jerez y Puerto-Real. En todo tenemos 2,569 kilómetros.

—Y no hay mas?

—Hasta ahora no; pero están en construccion los ferro-carriles de Ciudad-Real á Badajoz, de Manzanares á Córdoba, de Córdoba á Belmez, de Valencia á Tarragona, de Reus á Montblanch y Lérida, de Palencia á Ponferrada, de Medina á Zamora y otros, con los cuales se estenderá nuestra red férrea y disfrutaremos de todas las ventajas que reportan estas vías de comunicacion.

Al llegar aquí Luciano paró el tren en la estacion de Almansa, donde debian tomar el que habia de conducirlos á Valencia.

—Cuánto te agradezco, decia Luis bajando del coche, las noticias que acabas de darme: ahora ya tengo una idea de lo que son los ferro-carriles.

JOSÉ M. DE LARREA.

EL PROTECTOR DESCONOCIDO.

Solo y desconocido, atravesaba cierta mañana uno de los mas populosos arrabales de Viena cierto caballero, cuando vió acercársele un niño de unos doce años, que con apagada voz y los ojos llenos de lágrimas le pedia una limosna. Su viveza, su aseado porte, el rubor que cubria sus mejillas, el llanto que velaba sus ojos, y la voz lastimera, temblorosa y entrecortada por amargos sollozos, impresionaron de tal suerte al desconocido caballero, que con el mas vivo interés se dirigió á aquella inocente criatura diciéndole:

—Tu aire y tu modo de presentarte, claro dicen que no has nacido para pedir limosna: ¿qué ocurre, hijo mio? qué es lo que á ello te obliga?

—Ah! tiene Vd. razon: contestó el niño con un hondo suspiro acompañado del mas acerbo llanto: yo no nací en tan miserable con-

dicion; pero las desgracias de que fué víctima mi papá y el estado en que la pobre mamá se encuentra, me obligan á implorar la caridad pública.

—Y quién es tu papá?

—Era comerciante: habia alcanzado bastante crédito, y principiaba á sonreírle la fortuna, cuando la inesperada muerte de uno de sus corresponsales le ocasionó la mas completa ruina. Desgraciadamente no pudo sobrellevar tan horrible desgracia, y murió de pasion de ánimo alcabo de un mes de aquel triste acontecimiento. A consecuencia del fallecimiento de mi amado papá, hemos quedado reducidos á la mas espantosa miseria mi mamá, un hermanito pequeño y yo. Por mi parte he encontrado proteccion al lado de un amigo de papá; mamá, á fuerza de trabajos y sacrificios, ha procurado sostenerse y sostener á mi hermanito; pero esta noche, ay señor! esta noche le ha dado un accidente que me hace temer por su existencia. Carezco de todo, y ni aun tengo un maravedí para poder prestarla el menor auxilio, y como no sé pedir limosna, me avergüenzo al pensar que debo acercarme á personas conocidas si quiero alcanzar algo. Usted me ha parecido extranjero, y por esta razon no he vacilado en acercármele, ocultando el rubor que me cuesta el pedir; señor, tenga Vd. piedad de mi pobre madre, proporcionándome medios con qué socorrerla; déme Vd. una limosnita por amor de Dios.

Así diciendo prorumpió en amargo y desconsolado llanto, por manera que conmovido el caballero le dijo:

—Vive tu madre muy lejos de aquí?

—A la vuelta de esta esquina, en la última casa de la izquierda, en el último piso.

—Y no ha ido todavía á visitarla médico alguno?

—No señor: yo quería buscar uno, pero como no puedo pagarlo, ni comprar las medicinas que recete....

Al oír semejantes palabras, sacó el desconocido algunas monedas de su bolsillo, y entregándoselas al niño:—Vé, le dijo: ya tienes con qué proporcionar á tu mamá médico y medicinas.

El niño echó á correr, despues de haber dado á su protector las mas espresivas muestras de reconocimiento y gratitud.

Entretanto, y siguiendo los impulsos de su buen corazon, dirigióse el personaje desconocido á la habitacion de la infeliz madre. Terminada la elevadísima escalera, penetró en un reducido aposento, en el cual no habia mas que algunos muebles usados, varios desportillados utensilios de cocina, un armario viejo, una mesa coja y carcomida, un miserable lecho en el cual yacia la pobre enferma y á su lado otra camita tan miserable como aquel. La madre parecia sumida en el mas profundo abatimiento, y á su lado y en pié junto al lecho deshacíase en llanto su hijo menor, al que aquella procuraba animar, prodigándole palabras de consuelo que para sí habia menester.

Acercóseles enternecido el caballero, y cual si fuera médico, empezó por preguntarla por las causas de su enfermedad. Manifestóle ella los síntomas; pero ahogada de repente su voz por los sollozos:—Ah! señor, dijo, mi enfermedad reconoce un principio mas terrible, la ciencia carece de medios para atacarla. Soy madre, y madre desgraciada de los mas infelices hijos; mis quebrantos y los de los hijos de mi alma, han lacerado tan profundamente mi corazon, que solo la muerte puede poner término á mis males; mas y si muero, ¿quién cuidará de los hijos de mis entrañas!

Con esto aumentaron las lágrimas; espuso la enferma sus desventuras, que el fingido médico escuchó como cosa nueva, y al terminar la relacion, procuró animarla con estas palabras:

—Ánimo, amiga mia, no desespere Vd. aun; el cielo no querrá dejarla sumida en la indigencia. Compadezco su triste posicion; pero confío en la misericordia de Dios, que no la abandonará á Vd. Entretanto procure Vd. conservar su vida, tan preciosa y necesaria para las de sus pobres niños. Tiene Vd. papel?

La enferma arrancó una hoja del cartapacio en que empezaba á ejercitarse el pequeñuelo que estaba junto á la cama, en la cual, despues de haber escrito el extranjero, este reme-

dio, dijo: fortalecerá su abatido espíritu, después ordenaremos otro mejor, del cual indudablemente habrá necesidad, y espero que dentro poco tiempo habrá Vd. recobrado completamente su salud.—Dejó la receta sobre la mesa y partió.

Pocos instantes habían pasado, cuando regresó el hijo mayor. Madre mía, dijo, apenas llegó; madre mía, valor: el cielo se ha apiadado de nosotros: mire Vd. cuánto dinero me ha dado esta mañana un señor: ¿verdad que con él tenemos para muchos días? He ido á buscar á un médico, y dentro breves instantes estará aquí: verá Vd., verá Vd. qué pronto la curará.

—Hijo de mi alma, ven, ven á mis brazos. Proteja el cielo siempre como ahora tu cándida inocencia. Un médico acaba de salir de aquí; toma la receta que ha dejado sobre la mesa, y vé á buscar lo que en ella prescribe.

Tomó el niño el papel, recorrió su contenido sobrecogido de sorpresa, mirábalo de nuevo y volviólo á leer, hasta que venciendo el estupor, lanzó un fuerte grito. Madre mía, qué es esto? Atónita la madre y sorprendida, tomó el billete y leyólo apresuradamente.—Santos cielos, el Emperador! Así diciendo, cayóle de las manos el papel.

El billete era, en efecto, una orden del augusto José II, mediante la cual señalaba á la viuda una pensión de su bolsillo particular.

Llegó entonces el médico, al cual llamára el hijo, á tiempo para volver á la viuda del desmayo que le produjera la sorpresa. Los auxilios de la ciencia devolvieron pronto la salud á la enferma, y el generoso monarca, colmado de alabanzas y bendiciones, tuvo el placer de volver la vida á una madre desgraciada, y de formar la felicidad de una familia honrada y virtuosa, víctima de las inconsecuencias de la fortuna.—(T. de Soave.)

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.



LOS TRES CONSEJOS.

CUENTO POPULAR.

(Continuacion.)

Así que Dios amaneció pagó, y tomando el hatillo se dispuso á partir.

—Con que ¿qué tal ha pasado Vd. la noche? le preguntó el ventero.

—Tan ricamente.

—Va Vd. contento de mi casa?

—Vaya si voy!...

—No le ha despertado á Vd. ninguna cosa?

—Quiere Vd. callar, hombre!

El ventero se arrojó á Juan Cavila con los brazos abiertos, y Juan Cavila retrocedió espantado y preparándose á la defensa.

—No tema Vd., amigo mio, exclamó el ventero casi llorando de gozo, déjeme Vd. darle un abrazo, que Vd. es el hombre que yo buscaba hace cuatro años, que Vd. ha traído la paz á mi casa, que Vd. ha salvado á la humanidad!...

El tono con que el ventero decía esto era tan tranquilizador, que Juan se dejó abrazar y besar del ventero.

Lo que Juan Cavila, por mas que cavilaba, no llegaba á comprender era, cómo él había podido salvar á la humanidad; pero no tardó el ventero en disipar sus dudas.

Mi mujer y yo vivíamos en paz y gracia de Dios en un pueblo cercano, cuando por mezclarse los vecinos en nuestros asuntos empezamos á desavenirnos y á tener cada día una pelotera que se hundía la casa. De estas peloteras resultó que mi mujer me fué aborreciendo, y un día le sorprendí una carta de la que resultaba que estaba próxima á serme infiel. Entonces, medio loco de rabia, juré vengarme de mi mujer y matar á todo el que se mezclase en los asuntos de mi casa hasta el día en que diese con un hombre que de ningún modo se mezclase en ellos. Me vine á esta soledad, encerré á mi mujer en la cueva, y hace cuatro años que ha permanecido allí, y he matado y enterrado en

la prision de mi mujer á cuantos hombres han entrado en mi casa, como hubiera matado y enterrado á Vd. si como los demás se hubiera mezclado en mis asuntos preguntándome lo que no le importaba.

Y mientras Juan permanecía como estático entre el horror que le inspiraban aquel hombre y el peligro de que le había salvado el consejo de su capitán, el ventero corrió á la trampa, la abrió, y gritó con cariñoso acento:

—Sube, mujer, sube, que ya estás perdonada, que ya han concluido tus penas y las mias, que ya estoy libre de mi juramento, que ya vas á dejar para siempre tu calabozo y tus harapos, que ya nos vamos á nuestra hermosa casa del pueblo, que ya voy á pegar fuego á esta casa maldita.

Y el espectro salió de la cueva llorando de alegría, y el ventero, despues de sacar de una arca un rico vestido, empezó á despojarle de sus harapos para reemplazarlos con aquel hermoso traje, en tanto que Juan Cavila se alejaba de la venta sin haber salido aun de su espanto y su asombro.

Al trasponer Juan una colina donde se perdía de vista la venta, volvió la vista atrás y vió que la venta era presa de las llamas, y un hombre y una mujer, apoyándose la mujer en el hombre, se dirigian hácia un pueblo cuyo campanario se divisaba allá á lo lejos.

(Se concluirá.)

ANTONIO DE TRUEBA.



POR FALTA DE UN CLAVO.

Cuento de Grimm.

Despues de haber hecho muy buenos negocios en la feria, vender todas sus mercancías y llenar su bolsa de oro y de plata, queria un comerciante ponerse en camino para llegar á su casa antes de la noche. Metió su dinero en la maleta, la ató á la silla y montó á caballo.

Detúvose al medio dia en una ciudad, y cuando iba á partir le dijo el mozo de la cuadra al darle su caballo:—Caballero, falta á vuestro caballo un clavo en la herradura del pie izquierdo trasero.

—Está bien, contestó el comerciante, la herradura durará todavía seis leguas que me quedan que andar. Tengo prisa.

Por la tarde bajó otra vez para dar de comer un poco de pan á su caballo. El mozo salió á su encuentro y le dijo:—Caballero, vuestro caballo está desherrado del pie izquierdo trasero, llevadle á casa del herrador.

—No, no hace falta, respondió; para dos leguas que me quedan que andar aun puede andarlas mi caballo así como está. Tengo prisa.

Subió y partió. Pero poco despues comenzó á cogear el caballo, algo mas allá empezó á tropezar, y al cabo no tropezaba ya porque cayó con una pierna rota. El comerciante se vió obligado á dejar allí al animal, á desatar su maleta, echársela á espaldas y volver á pie á su casa, donde no llegó hasta muy entrada la noche.

—Aquel maldito clavo de que no quise hacer caso, murmuraba para sí, ha sido la causa de todas mis desgracias.

Lectores, corred despacio. B.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.